

Padre Faustino Mauricio Mennel

Personalidad. Hombre, sacerdote y educador



No podemos hablar de Faustino como maestro, profesor, educador, pedagogo, si no conocemos previamente los rasgos más sobresalientes de su personalidad, considerándolo desde su niñez. Esta mirada es válida y necesaria para comprender todo el valor de la persona.

Como niño, junto a sus padres, lo vemos como un bebé, recostado en la cuna, con apenas 8 meses, pues sus padres murieron tempranamente. Lo criaron sus padrinos, *Gerardo Behler* y su esposa *Francisca Mennel*, quienes lo adoptaron, ya como ahijado, y con la ilusión de ser el heredero, pues no tenían hijos.

Junto a sus nuevos padres, vemos a Faustino como un niño normal, cariñoso y solidario con las tareas de la casa. El padrino, muy solícito y orgulloso del pequeño, pues algún día sería el único heredero, se afanaba por enseñarle las tareas básicas de la finca, conocer las herramientas y aprender a manejarlas.

Mediante las tareas de la casa y asociadas a los pequeños trabajos de la finca, se despertaba en Faustino el **sentido del trabajo y de la responsabilidad**. Comprendió que toda tarea es un deber y una obligación. El mismo fue creciendo con el trabajo a cuestras, con responsabilidad y **austeridad** de vida. Desde esta etapa, esos valores fueron creciendo con el correr de los años.

Durante su paso por la escuela primaria, que comenzó a los 6 años, se conformaba con lo necesario, no fue exigente con sus padrinos, pero sí **exigente** para consigo mismo. Él mismo se exigía el estudio y el fiel cumplimiento de sus deberes escolares, procurando asimismo dar alegría a sus padrinos que se desvelaban por él. Era **ahorrativo** y **cuidadoso** de sus pocas y necesarias pertenencias. A todo le daba la máxima utilidad.

Cuando empezó el estudio del latín, pues era monaguillo, se instaló en la casa de una tía, ya mayor, quien le cedió una pieza en el altillo de su casa. No era el mejor lugar, pero él no se mostró pretencioso; al contrario, eso no le importaba, pues dijo *“estoy contento porque tengo la oportunidad de estudiar”*. (extraído de Lebensbild). Daba mucha **importancia al estudio**, otro rasgo importante para considerarlo más adelante. Por este ofrecimiento, él se mostró siempre muy **agradecido**. Subrayamos la palabra agradecido, pues así fue durante toda su vida. Agradecido a Dios y a los hombres, por los favores recibidos.

Su vida de estudiante fue todo un ejemplo, por su sencillez, por su comportamiento, por su aplicación y dedicación al estudio, y por el aprovechamiento del tiempo. En todo conservaba un estilo **austero, modesto, humilde** y **servicial**. Consta también que fue siempre de pocas palabras, pero **sereno, agradable** y **alegre** con todos, pues se relacionaba fácilmente por su espíritu jovial. Lo vemos serio en el estudio y deber, pero **afable** con los demás. Consta también, que en sus maneras fue delicado y gustaba de ceder el paso gentilmente.

En los estudios superiores se destacaba por su aplicación y dedicación. Quiso dar alegría a sus padrinos al presentar el boletín escolar **“EXCELENTE”**., donde constaba el concepto que merecía Faustino. Sus maestros y profesores ponían de relieve su aplicación, su esfuerzo, su **constancia**, sus progresos, su cumplimiento, **puntualidad**, y, sobre todo, su buen comportamiento, su seriedad, su temperamento alegre, así como su natural conformidad y **respeto**.

Se propuso adelantar un año, y por su estudio y **tenacidad** logró pasar de tercer año a quinto año. En los estudios superiores, entre 16 alumnos, Faustino ocupó el cuarto lugar. Fue un alumno aventajado, de **brillante inteligencia**, de **excelentes capacidades**, pero no faltó el esfuerzo personal, lo cual consideraba imprescindible, junto a sus talentos. Nos asombra, que conservara sus dones naturales, en un marco de **piEDAD**, de humildad y de **profundo agradecimiento a Dios**.

Ya, en el camino al sacerdocio, redobló sus esfuerzos para lograr su sueño: “**SER SACERDOTE**”. Su mirada penetrante, su confianza, entrega y oración a Dios, su energía interior, su espíritu generoso de **servir y ayudar a los demás**, lo hicieron muy **observador** de cuanto acontecía en el mundo político y social. Maduró su pensamiento por el bien común. Estaba dispuesto a ser todo para todos. Su corazón abierto al futuro y al cambio lo iban madurando para una noble misión, sublime y servidora. Ansiaba cada vez más ser “sacerdote”. Su fe y esperanza eran sus dos alas movilizadoras para ese sagrado ministerio.

Fue consagrado Sacerdote el 6 de Setiembre de 1847, a los 23 años de edad.

Mereció este concepto:

“Un corazón ardiente por la salvación de las almas; un sacerdocio que honró a la Iglesia”

“Contento de trabajar en la viña del Señor... ¡Aquí estoy!”

Ya Sacerdote, joven Sacerdote, en sus andanzas, por traslados y trabajos pastorales, se empeñaba en leer la **realidad social, educativa y religiosa de su época**. La encontró envuelta en falencias varias.

Como Sacerdote itinerante, recogió experiencias, y entre ellas, algunas dolorosas, como las religiosas y educativas, entre otras. Ante esta lectura informativa y amplia del ambiente circundante, su Plan fundador fue cobrando consistencia y profundidad.

Reafirmó su sacerdocio poniendo su corazón y sus ojos fijos en su ideal. Vio con claridad las falencias de la mujer, de la juventud femenina, **la mediocridad de su formación religiosa e intelectual**.

Su actitud de padre y de Sacerdote lo puso en el camino de la vida, para un nuevo amanecer. Concretizó su sueño fundando una Congregación de Hermanas, **que adorando a Dios en espíritu y en verdad**, le ayudaran en la educación de la juventud y de la mujer. Decía: **“necesitamos mujeres fuertes en la fe y buenas madres de familia”**.

Junto al Convento anexó su escuela. Todo su Proyecto fundacional, lugar, personas y cuanto había, **fue consagrado al Inmaculado Corazón de la Virgen María, el 8 de diciembre de 1854**. Adoptó la espiritualidad de San Francisco de Asís, unida a María, patrona del Instituto. El 17 de abril de 1855 se colocó la piedra fundamental y la piedra angular (Crónica).

A partir de aquí, Faustino fue el Padre, en pleno sentido de la palabra, pero también fue el albañil, el constructor, el maestro intelectual, el profesor de las ciencias y de la cultura, el formador espiritual de las personas, hermanas y jóvenes alumnas. Como padre de familia, como Sacerdote, **se hizo todo para todos: comprensivo, bondadoso, prudente, solidario, uno más entre todos**. La alegría y el optimismo equilibraban la seriedad en el trabajo y en el cansancio de cada jornada.

Con gran esfuerzo construyó su escuela. Con gran esfuerzo, estudio y dedicación, se preparaba él mismo para lograr su título académico de Ciencias Sagradas y Ciencias Naturales, sus temas preferenciales. Se sometió a un constante perfeccionamiento, en estudios específicos, para poder orientar a los suyos, hermanas y jóvenes estudiantes, internas y externas. Con esfuerzo llegó a ser un excelente maestro y director, pues tenía sobre sí el cargo y la carga de toda la responsabilidad del Instituto. Tenía que responder ante las autoridades civiles.

Su escuela fue modelo de estudio y de trabajo. Las autoridades que llegaron a su escuela para tomar pruebas curriculares o para inspeccionar y comprobar trabajos, dejaron constancia de los buenos resultados obtenidos, y, hasta hubo “premiados” por la excelencia del trabajo hecho. **Su obra nació de su corazón, por AMOR a los demás**.

Dedicaba el tiempo necesario para la formación integral de la mujer, pues su educación, al elevarse, puede ser portentosa en la transformación de la sociedad. El esfuerzo personal y la fidelidad al propósito formulado, fueron actitudes claves en su vida, para ascender espiritual y materialmente. El trabajo, considerado como una gracia y una posibilidad de progresar, es a la vez, un trampolín para saltar a la santidad.

Faustino fue exigente consigo mismo en el cumplimiento del deber, pero lo hacía de una manera más fácil, con alegría, con esperanza, paciencia con **ánimo** sereno. Se lee en la Crónica que nunca se lo vio impulsivo e impaciente. Esta actitud es propia de los hombres grandes y santos. Fue de **temple recio**, curtido por los vaivenes de la vida. Afrontaba con **entereza** y **valentía** las difamaciones.

En sus múltiples problemas jamás perdió la calma. En el silencio de su corazón elevaba su plegaria a Dios con la confianza y gran fortaleza de espíritu, que lo caracterizó toda la vida.

Gustaba estar con su familia religiosa y escolar. Participaba en los esparcimientos comunitarios. Ahí sembraba la paz con sus palabras bondadosas; ahí daba a entender con sus gestos, actitudes y ejemplos, que cada miembro es digno de respeto y del aprecio mutuo. Era un momento de convivencia muy saludable para todos.

Fue **un hombre cautivado por la verdad y rectitud**. Su espíritu crítico, de justicia y misericordia, no toleraba la maledicencia, ni la desunión. **Velaba por la educación integral**. Apóstol, visionario, y plasmador de jóvenes.

Un hombre ordenado, interior y exteriormente, **pues el orden te cuidará a ti**, decía San Agustín. El P. Faustino lo exigía. **Este valor alcanzó fama en su casa**.

Su presencia era reverente, austera, modesta y seria, y, sin embargo, en esta apariencia sencilla se ocultaba una gran bondad. Condescendía amablemente cuando advertía que el trabajo resultaba pesado para alguien.

Un hombre de intenso trabajo físico, que construyó con sus manos el convento y la casa. Un obrero más entre todos, pero supo armonizar el trabajo con la oración y el descanso necesario. Entre tanta diversidad de actividades, no cesó de apoyarse en la gracia y poder de Dios y en la protección de María. Ahí estaba su fuerza y energía espiritual. Un hombre santo y justo, honrado entre Dios y los hombres.

Se alimentaba diariamente con la celebración Eucarística. Un apóstol, **de corazón ardiente, abierto al mundo**.

De sus escasos recursos, siempre extraía algunas monedas para las MISIONES, y esperaba la señal de la voluntad de Dios, para salir de su tierra y anclar en tierras nuevas, listo para llevar la Buena Noticia.

FAUSTINO, enseñaba a apoyarnos en la fuerza de Dios, antes que en los hombres.

i

ⁱ Texto elaborado por las Hermanas Franciscanas, teniendo en cuenta fuentes literarias y testimoniales.